

y sólo tratan de meterse entre la muchedumbre para escurrirse sin ser notados. Deseaba el Escribano hacer lo mismo, pero le vendía la capa negra. El pobre diablo, con la cara descolorida y el corazón encogido, procuraba achicarse haciendo esguinces para salir de aquella apretura, pero no podía levantar la vista, sin verse á lo ménos veinte brazos en-



No tardó en conseguir el verse fuera de aquella apretura.

cima. Se esforzaba por parecer un extraño, que pasando por aquel punto se había visto encerrado entre aquella gente, y encontrándose cara á cara con uno que le miraba con más ceño que los demás, puso un gesto de risa y preguntó:

— ¿Qué bulla es esta?

— ¡Anda cuervo! ¡gavilan! — le respondió aquel.

— ¡Gavilan! ¡gavilan! — repitieron mil voces á un tiempo.

Á los gritos se agregaron los empujones, tanto, que ya

con sus propias piernas, ya con los codos ajenos no tardó en conseguir lo que más deseaba entonces, que era el verse fuera de aquella apretura.

CAPÍTULO XVI

— ¡Huye! ¡huye! buen hombre. Allí está un convento; acullá una iglesia; por aquí, por allí, — eran los gritos con que la muchedumbre animaba á Lorenzo para que se salvase, aunque en orden á esto, á la verdad no necesitaba que le diesen consejos. Desde el punto en que concibió alguna esperanza de poder salir de entre sus uñas, empezó á hacer cuentas consigo mismo, y resolvió, si lo conseguía, echar á correr sin parar hasta hallarse fuera, no sólo de la ciudad, sino también de todo el ducado, pues decía para sí, que teniéndole escrito en aquellos librotes, sin que pudiese atinar cómo diablos lo habían pescado, y sabiendo su nombre y apellido, le echarían la garra cuando quisiesen. Tampoco quería acogerse á un asilo sino en caso desesperado, porque pensaba que más vale salto de mata que ruego de buenos. Así, pues, era su ánimo refugiarse al pueblo del territorio de Bérgamo en que estaba casado su primo Bartolo, el mismo que, como se acordarán nuestros lectores, le había varias veces mandado llamar; pero la dificultad consistía en no saber las calles.

Solo y en un paraje desconocido, en una ciudad igualmente desconocida, ni siquiera sabía por qué puerta salir para ir á Bérgamo; además, aunque lo hubiera sabido, ¿cómo dar con ella? Estuvo titubeando un instante, pensando si preguntaría las señas á sus libertadores; pero como en el poco tiempo que tuvo para meditar sobre sus aventuras, le ocurrieron mil pensamientos extraños con respecto á aquel espadero tan oficioso, padre de cuatro muchachos, etc., no quiso, por si acaso, manifestar su designo en una gran concurrencia, en la cual podía muy bien hallarse otro del mismo cuño, y así

determinó alejarse inmediatamente con ánimo de preguntar por el camino, en paraje donde nadie le conociera, ni supiese para qué lo preguntaba. Dió las gracias y bendijo á sus libertadores, y saliendo por el paso que le dejó expedito la gente, apretó los talones trotando largo tiempo á la ventura por calles y callejuelas, hasta que pareciéndole haberse separado bastante, aflojó el paso para no excitar sospechas, y comenzó á mirar alrededor con el objeto de esoger á una persona cuya cara le inspirase confianza para hacerle su pregunta; pero aún aquí habia sus dificultades. La pregunta por sí era sospechosa, y el tiempo urgía, pues los esbirros, apénas recobrados de aquel susto, sin duda volverian sobre sí, y volarian en busca del fugitivo.

Quizá tambien la noticia de su fuga habria llegado hasta aquel paraje, y en tanto aprieto debió Lorenzo hacer más de diez juicios fisonómicos, ántes de hallar la cara que buscaba. Aquel hombre gordillo que está de piés en el umbral de su tienda con las piernas largas, las manos detras, mucha barriga, y la barba en alto con gran papada, y que en su ociosidad levanta alternativamente su trémula masa en la punta de los piés, para dejarla caer luégo sobre los talones, tiene cara de charlador curioso, que en vez de dar respuestas hará impertinentes preguntas. Este otro que se acerca con los ojos encandilados y el labio caido, en lugar de enseñar presto y bien el camino, quizá él mismo no sabe el que lleva. Este mozo, aunque á decir verdad parece bastante despierto, tiene traza aún de más malicioso, y probablemente se bañará en agua rosada con enseñar al pobre forastero el camino opuesto al que necesita; tan cierto es que el hombre atollado encuentra en todo un nuevo atolladéro. Divisando por fin á una persona que se acercaba apresurada conjeturó que teniendo aquel hombre alguna negoció urgente, contestaría bien y aprisa para despachar presto, y oyendo ademas que iba hablando solo, juzgó que sería hombre sincero, por lo cual se le acercó y le dijo:

— Perdone usted, caballero, ¿por dónde se sale para ir á Bergamo?

— ¿Para Bergamo? ¡ Por la puerta Oriental!

— ¡ Dios se lo pague! ¿ Pero para ir á la Puerta Oriental?

— Siguiendo por esa calle á mano izquierda, irás á parar á la plaza de la Catedral... luégo...

— Gracias, caballero; ahora ya sé.

Con esto tomó el camino que se le acababa de indicar. Siguióle el otro con la vista, y combinando allá en su cabeza el modo de andar con la pregunta, dijo para sí: « Ese ha hecho alguna fechoría ó teme que se la hagan. »

Llegó Lorenzo á la plaza de la Catedral, la atravesó, pasó al lado de un monton de ceniza y de carbones apagados, y conoció que eran las reliquias de la baraunda á que habia asistido el dia anterior. Siguió su camino arrimado á las gradas de la Catedral, vió el horno de la provision casi destruido y guardado por soldados; y pasando adelante por el camino donde habia venido con la muchedumbre, llegó frente al convento de los capuchinos; dió una mirada á la plazuela y á la puerta de la iglesia, y dijo para sí suspirando:

— ¡ Y qué buen consejo me dió aquel capuchino de ayer, diciéndome que aguardase en la iglesia y que rezase algun poco!

Aquí, habiéndose parado un instante á mirar con atención hácia la puerta por donde debia salir, y viendo desde léjos que habia mucha gente de guardia, como tenia la imaginacion exaltada (y en esto merecia disculpa, pues no dejaba de tener motivo para ello), experimentó mucha repugnancia en tentar aquel vado; por lo cual, encontrándose tan á mano un asilo donde con su carta sería perfectamente acogido, estuvo muy tentado de meterse en él; pero cobrando ánimo, resolvió quedar pájaro suelto lo más que pudiera.

— ¿ Quién me conoce? — decia para sí: — los esbirros no se habrán hecho trozos para ir á aguardarme en todas las puertas.

Volvió la cabeza para ver si venian por aquella parte, y como no viese ni esbirros ni gente con quien pudiese tener que hacer, tomó ánimo, y conteniendo sus benditas piernas,

que contra su voluntad querian correr, llegó paso á paso y, silbando en semitono á la puerta. Estaban en ella una porcion de guardas, y por añadidura un piquete de miguelotes españoles; pero toda su atencion se dirigia á la parte de afuera, para no dejar entrar á ninguno de aquellos que á la primera noticia de un alboroto acuden como los cuervos á un campo de batalla, abandonando despues la accion; por manera que Lorenzo así á lo tonto, con los ojos bajos, y el andar entre el de viajero y el de persona que va de paseo, salió sin que nadie le hablase palabra; sin embargo, no dejaba de darle saltos el corazón. Viendo una senda á la derecha, se metió por ella para evitar el camino real, y anduvo largo trecho ántes de volver la cabeza.

Iba de tiempo en tiempo encontrando cortijos de aldeas, y las pasaba sin preguntar su nombre, pues con saber que se alejaba de Milan, y marchaba hácia Bérgamo, le bastaba por entónces. De cuando en cuando volvía la cabeza, y en seguida se miraba y refregaba las muñecas, todavía algo dolidas, y con una pequeña raya colorada en cada una, vestigio del consabido lazo. Sus pensamientos se reducian, como cada uno puede figurarse, á un *mare magnum* de arrepentimientos, de pesares, de rencores y ternezas, y encontraba no poca dificultad en enlazar las cosas que habia dicho y hecho la noche anterior, y en descubrir la parte secreta de su dolorida historia, y sobre todo en adivinar cómo habian podido saber su nombre.

Recaian sus sospechas naturalmente sobre el espadero, con quien se acordaba de haber hablado á destajo; y haciendo reflexiones acerca del modo con que le habia arrancado de la boca su nombre, la sospecha se convertía en certidumbre especialmente cuando recapacitaba sobre el modo de conducirse de aquel hombre, y sobre sus ofrecimientos que siempre venian á parar en querer saber alguna cosa; se acordaba confusamente de haber, despues de la salida del espadero, continuado charlando ¿con quién? adivina quién te dió. ¿De qué? no se acordaba por más que recorriese su memoria, y sólo

tenia presente que en aquel tiempo estaba fuera de casa. Desvariaba el pobre con semejantes cavilaciones, á manera de un hombre que ha entregado muchos papeles firmados en blanco á un individuo que creyó honrado, y hallando despues que es un embrollon, trata de conocer, el estado de sus negocios. Pero ¿qué conocer, si era un cáos? no era para él ménos penoso el hacer sobre su suerte futura designios, que no hallase luégo aéreos ó sumamente tristes.

Pero su pensamiento más penoso fué muy presto el de encontrar el camino. Despues de haber andado largo tiempo, se puede decir á la ventura, conoció que era indispensable tomar lenguas, pero tenia cierta repugnancia en pronunciar la palabra Bérgamo, como si fuera sospechosa ú obscena; sin embargo, era forzoso pasar por ello. En este supuesto, resolvió preguntar, como lo hizo en Milan, al primer caminante cuya cara le inspirase confianza, y con efecto lo ejecutó así.

— Está usted fuera de camino, — le contestó el hombre.

Y despues de haberlo pensado un poco, le indicó, tanto con palabras como con gestos, el que debia tomar para entrar en la calzada real. Dióle Lorenzo las gracias; aparentó estar dispuesto á seguir el rumbo indicado, y en efecto se dirigió por aquella parte, con intencion de acercarse á aquel bendito camino, y costearlo todo cuanto fuese posible, pero sin poner los piés en él.

Concebir semejante proyecto era más fácil que ejecutarle, y así el resultado fué que andando de este modo de derecha á izquierda, de un lado á otro, ya corriendo algun tanto la ruta segun su alcance, y adoptándola á su intento, y ya guiándose por las sendas en que se encontraba, habria ya andado quizá doce millas, y apenas se hallaba á seis de Milan: por lo que toca á Bérgamo, no habia hecho poco con no haberse alejado de aquella ciudad. Aquí comenzó á convencerse que de aquella manera jamas conseguiria su objeto, y que era preciso buscar otro medio: el que le ocurrió fué el de ver cómo podia saber el nombre de algun pueblo inmediato á la raya, al cual se pudiese ir por caminos excusados, y preguntando por él conse-

guiria que le dirigiesen al punto que deseaba, sin necesidad de ir preguntando á cada momento por el camino de Bér-gamo, que á su entender olía mucho á escapatoria, destierro ó criminalidad.

Miéntas así discurría acerca del modo de adquirir todas estas noticias, vió colgado un ramo de una pobre casucha, fuera de una pequeña aldea. Había ya tiempo que sentía aumentarse la necesidad de restaurar sus fuerzas, y pensando que este sería el paraje más á propósito para hacer de un viaje



La vieja le ofreció queso.

dos mandados, entró en aquella casa. Sólo había en ella una vieja con la rueca á la cintura y el huso en la mano. Pidió algo de comer, y se le ofreció queso y buen vino. Admitió Lorenzo el queso, pero rehusó el vino, mirándole ya con ojeriza de resultas de la mala pasada que le jugó la noche anterior, y se sentó, pidiendo á la mujer que despachase. Esta en un momento puso la mesa, y comenzó á moler al pobre viajero con un granizo de preguntas, tanto acerca de sus circunstancias particulares, como acerca del gran suceso de Milan, de que ya había llegado hasta allí la noticia.

Lorenzo no sólo supo eludir con mucha destreza aquellas pesadas preguntas, sino que sacando ventaja de la dificultad, se aprovechó para su intento de la curiosidad de la vieja, que le preguntó también adónde iba.

— Tengo que ir — contestó — á muchas partes; pero si me queda algun poco de tiempo, quiero pasar á ese pueblo grande en el camino de Bér-gamo, cerca de la frontera, pero en territorio milanés, que no me acuerdo bien cómo se llama... ¿Cómo se llama? — esto preguntaba suponiendo que alguno habría.

— Gorgonzola, queréis decir, — contestó la vieja.

— Cierto, Gorgonzola, replicó Lorenzo para grabarse las palabras en la memoria. — ¿Y está muy lejos?

— No lo sé á punto fijo, — repuso la vieja; pero me parece que deben ser de diez á doce millas; si estuviera aquí alguno de mis hijos, os lo diría.

— ¿Y se puede ir á él — prosiguió Lorenzo — por esas hermosas sendas sin tomar el camino real, en donde hay tanto polvo, tanto polvo que es cosa de ahogarse? ;Hace tantos dias que no llueve!

— Me parece que sí, — contestó la vieja; — podéis preguntar en el primer pueblo que encontraréis, caminando siempre sobre la derecha, — y se le nombró.

— ¡Muy bien! — dijo Lorenzo.

Y se levantó de la mesa. Cogió un pedazo de pan que le había sobrado, pan muy diferente del que encontró el dia ántes al pié de la Cruz de San Dionisio; pagó el gasto, y saliendo tomó á la derecha.

Para no ser demasiado prolijo, diré que con el nombre de Gorgonzola en la boca, caminó tanto de pueblo en pueblo, que llegó á él ántes de ponerse el sol.

Ya en el camino había resuelto hacer en Gorgonzola otra paradita, y tomar una refeccion algo más sustanciosa. Su cuerpo sin duda le hubiera agradecido algun poco de cama; pero Lorenzo ántes de condescender hubiera dejado que pereciese en el camino, porque su ánimo era preguntar en la hos-

tería cuánto distaba el Ada, adquirir noticias con maña de algun atajo, y tomar el camino en cuanto acabase de hacer algun tanto por la vida. Nacido y criado cerca del manantial, digámoslo así, de aquel rio, habia oido decir varias veces que en cierto punto y por largo trecho marcaba los limites entre el territorio de Milan y el de Venecia. Á la verdad no tenía una idea exacta del punto ni del trecho, pero por entónces el asunto principal era pasar al otro lado, y si no lo conseguia en aquel dia, estaba resuelto á caminar hasta que la noche y las fuerzas se lo permitiesen, y aguardar luégo el amanecer del dia siguiente en campo raso adonde Dios quisiera, con tal que no fuese hosteria.

Á los pocos pasos de haber entrado en Gorgonzola, vió una muestra de hosteria, entró en ella, y al hostelero que vino á recibirle le mandó que le sacase algo de comer, y média racion de vino; que ya las millas que habia andado y el tiempo le habian hecho pasar algun tanto la ojeriza mortal que le tenia.

— Despache usted, — añadió, porque necesito ponerme en camino al instante.

Y esto lo dijo no sólo porque era verdad, sino tambien por el miedo que tenia de que pensando el hostelero que quisiese permanecer allí aquella noche, le acometiese preguntándole su nombre y apellido, de dónde venia, adónde iba, y por qué asuntos: por lo tanto... ¡fuera!

Contestó el posadero que al momento le serviria, y Lorenzo se sentó en la cabecera de la mesa al lado de la puerta, que era el punto de los curiosos.

Hallábanse en la misma sala algunos ociosos del pueblo, los cuales, despues de haber discutido y glosado las grandes noticias de Milan del dia anterior, se devanaban los sesos para saber lo que habia sucedido en aquel dia, tanto más, cuanto que las primeras eran más propias para aumentar la curiosidad que para satisfacerla, porque se trataba de una sublevacion ni victoriosa ni comprimida, suspendida más bien que acabada con la noche, en fin, la conclusion de un acto

más bien que de un drama. Separóse de la comitiva uno de los circunstantes, y acercándose al forastero, le preguntó si venia de Milan.

Sorprendido Lorenzo:

— ¿Yo? — dijo á fin de tomar tiempo para responder.

— Sí, usted, — prosiguió el otro, si es cosa que se puede saber.

Sacudiendo Lorenzo la cabeza, y apretando los labios, dijo confusamente:

— Milan, por lo que he oido decir en estas inmediaciones, parece que es pueblo adonde ahora no se puede ir, á ménos que no haya una gran necesidad.

— ¿Conque continúa el alboroto? — preguntó con más empeño el curioso.

— Seria preciso estar allí para saberlo, — contestó Lorenzo.

— ¿Qué, no viene usted de Milan?

— Vengo de Liscate, — respondió el mozo con desembarazo, porque ya habia premeditado su respuesta.

En rigor venia efectivamente de este pueblo, pues habia pasado por él, y su nombre lo supo de un pasajero que se lo habia indicado como el primero por donde debia pasar para llegar á Gorgonzola.

— ¡Vaya! — dijo el preguntador, como si quisiese decir, mejor seria que viniese usted de Milan, ¡pero paciencia! — ¿Y en Liscate nada se decia de Milan?

— Es probable que algunos supiesen algo, — respondió Lorenzo; pero yo nada he oido.

Pronunció estas palabras con un tono que indicaba que habia ya concluido. Volvió el curioso entre sus compañeros, y poco despues vino el hostelero á poner la mesa.

— ¿Cuánto hay para llegar al Ada? — le preguntó Lorenzo á média voz y con cierto descuido aparente, igual al que le hemos visto emplear alguna que otra vez.

— ¿Al Ada? ¿para pasarle? — preguntó el posadero.

— Eso es..., sí..., al Ada, — dijo Lorenzo.

— ¿Quiere usted pasar por el puente de Casano ó por el puerto de Canónica?

— Por cualquiera parte : pregunto por curiosidad.

— Lo digo porque aquellos son los dos puntos por donde pasan los hombres de bien, los que pueden dar cuenta de su persona.

— ¡ Bueno ! ¿ Y cuánto hay ?

— Haga usted cuenta que tanto por un lado como por otro, habrá poco más ó ménos unas seis millas.

— ¡ Seis millas ! no creia tanto, — dijo Lorenzo ; y luego continuó con un aire de la mayor indiferencia : — ¿ Y sin duda para los que tengan necesidad de abreviar el camino, habrá otros puntos por donde pasar ?

— Sin duda que los hay, — contestó el hostelero, clavándole los ojos en la cara, con especie de maligna curiosidad.

Bastó esto para que muriesen entre los dientes de Lorenzo las demas preguntas que tenia preparadas. Se acercó al plato, y mirando al vino que estaba ya puesto en la mesa, le dijo al posadero :

— ¿ Y ese vino es moro ?

— Es puro como el oro, — contestó el hostelero ; — y si no, pregunte usted á toda la gente del pueblo y de las inmediaciones, y, por último, usted mismo lo ha de probar.

Y diciendo esto, volvió adonde estaban los demas.

— ¡ Malditos sean los hosteleros ! — dijo para sí Lorenzo : — todos los que voy conociendo son á cuál peor.

Sin embargo se puso á comer con grande apetito, prestando al mismo tiempo el oído sin aparentarlo, con ánimo de descubrir terreno, conocer cómo se pensaba allí acerca del ruidoso acontecimiento en que él habia tenido tanta parte, y de indagar sobre todo si entre aquellos habladores habria alguno á quien un hombre de bien pudiese con satisfaccion preguntar por el camino que necesitaba saber, sin verse en el conflicto de tener que hablar de sus aventuras.

— Pero parece ciertamente, — decia uno, — que los mila-

neses han querido esta vez distinguirse ; en fin, mañana á más tardar sabremos alguna cosa.

— Me pesa, decia otro, de no haber ido esta mañana á Milan.

— Si vas mañana, — dijo otro, — me voy contigo.

Lo mismo dijeron otros muchos.



Cercarle todos, quién le coge la brida, quién agarra un estribo.

— Yo quisiera saber, — prosiguió el primero, si esos señores de Milan pensarán tambien en los pobres de fuera, ó si harán las buenas leyes sólo para ellos. Ya sabéis lo que son ; ciudadanos orgullosos, todo para ellos, como si los de las inmediaciones no fueran cristianos.

— Nosotros tambien tenemos boca, tanto para comer, como para hacer valer nuestras razones, — dijo otro con tono tanto más modesto, cuanto su proposicion era más atrevida, — y cuando la cosa está empezada...

No creyó conveniente concluir su frase.

— No es sólo en Milan en donde hay trigo oculto, — principió á decir otro con cierto ceño y tono malicioso, cuando se oyeron las pisadas de un caballo que se acercaba.

Corren todos á la puerta, y conocido el que llegaba, acuden á recibirle. Era este un mercader de Milan, que teniendo por sus negocios que ir á Bérgamo muchas veces en el año, solía pernoctar en aquella posada, y como se hallaban allí reunidas casi siempre las mismas personas, era ya generalmente conocido. Cércale todos, quién le coje la brida, quién agarra un estribo, dándole juntos la bienvenida, y preguntándole si había hecho buen viaje.

— Muy bueno, contestó el mercader. — ¿Y vosotros?

— Nosotros buenos, — respondieron casi todos á la vez.

— ¿Y qué noticias hay de Milan? — preguntaron muchos.

— Aquí están los noveleros, — dijo el mercader, apeándose y entregando al mozo el caballo. — Ya vosotros las sabéis mejor que yo, — prosiguió al entrar por la puerta de la posada con los concurrentes.

— En verdad que nada sabemos, dijeron varios de ellos poniéndose la mano en el pecho.

— ¿Es posible? — dijo el mercader. — Buenas las oiréis. ¡Hola, mozo! ¿mi cama está desocupada? Muy bien. Un vaso de vino, y mi cena acostumbrada; aprisa porque quiero acostarme presto para marchar mañana muy temprano, y estar en Bérgamo á la hora de comer. ¿Conque vosotros (continuó sentándose á la mesa frente de Lorenzo que sin hablar estaba oyendo con mucha atencion) conque vosotros nada sabéis de todas las diabluras de ayer?

— De ayer algo hemos oido decir.

— ¡Á ver cómo sabéis las noticias! Bien decia yo que estando aquí siempre de guardia para preguntar á los que pasan...

— Pero hoy, hoy, ¿qué ha sucedido hoy?

— ¡Ah, hoy! ¿Nada sabéis de hoy?

— Nada absolutamente. Nadie ha pasado.

— Dejadme, pues, humedecer las fauces, y luégo os diré las cosas de hoy.

Llenó el vaso, le tomó en la mano derecha, con los dos primeros dedos de la izquierda levantó los bigotes, sentó la barba con la palma de la misma mano, bebió y prosiguió:

— Hoy, amigos míos, poco faltó para que fuese un día tan borrascoso como ayer, ó peor; y á la verdad me parece mentira el verme aquí entre vosotros y deciroslo, porque ya habia abandonado mi proyecto de viaje para quedarme á proteger mi pobre tienda.

— Pero ¿qué hubo? — dijo uno de los circunstantes.

— ¿Qué hubo? Ya lo oiréis.

Y trinchando la carne que le habian traído, al paso que comia continuó su narracion. La gente en pié, arrimada á la mesa, le estaba oyendo con la boca abierta. Lorenzo en su lugar, sin aparentar curiosidad, ponía atencion quizá más que otro alguno, mascando poco á poco sus últimos bocados.

— Esta mañana, pues, los bribones que ayer alborataron tan infamemente, se hallaban en los puntos convenidos, pues ya todo estaba preparado. Reunidos empezaron á correr las calles gritando para reunir gente. Habéis de saber que en esto sucede como cuando se barre (¡con perdon!) la casa, que el monton de la basura va engrosando, al paso que va adelante. Cuando les pareció que habia bastante gente, se dirigieron á casa del señor director de provisiones, como si no bastasen las infamias que hicieron ayer con él, ¡con un señor de sus circunstancias! ¡Bribones! ¡Y qué cosas que decian contra él! Todo mentira, por supuesto, porque es un señor muy bueno, y muy cabal, y nadie puede decirlo mejor que yo, que casi soy de su casa, y le proveo de paño para las libreas de su familia. Encamináronse, pues, á la casa, y era de ver. ¡Qué canalla! ¡qué caras! Figuraos que pasaron por delante de mi tienda unos mascarones... ¡Vaya! los judíos del *via crucis* comparados con ellos son unos serafines. ¡Y qué dichos salian de aquellas bocas! era cosa de taparse los oídos, á no ser

porque no convenia llamar la atencion. Iban con la piadosa intencion de saquear la casa; pero...

Al llegar aquí, levantó y extendió hácia adelante la mano izquierda, y puso la punta del dedo pulgar en la punta de la nariz...

— ¿Y qué? — dijeron casi todos los que escuchaban.

— Hallaron atajada la calle con vigas y carros, — continuó el mercader, — y detras de aquel parapeto una hermosa fila de migueletes con los arcabuces preparados, y las culatas rozando con los bigotes. Cuando vieron aquella ceremonia... ¿Qué hubierais hecho vosotros?

— Volvemos atras.

— Pues otro tanto hicieron ellos; pero observad si no era el mismo demonio el que los guiaba. Al llegar al Cordusio vieron el horno que desde ayer quisieron saquear y ¿qué os parece que se hacia allí? Se distribuia pan á los parroquianos. Habia varios caballeros, y de la primera nobleza, los cuales cuidaban de que todo se hiciese por órden. Pero aquellos bribones, que como digo llevaban el diablo en el cuerpo, y ademas tenian quien les soplase al oído, se enfurecieron, y entraron en el horno y coge tú, y cojo yo, en un santiamén, caballeros, panaderos, parroquianos, panes, bancos, artesas, cajas, sacos, cedazos, salvado, harina, masa, todo se lo llevó el diablo.

— ¿Y los migueletes?

— Los migueletes tenian que guardar la casa del Director de provisiones, y no se puede repicar y andar en la procesion. Os digo que fué en un santiamén, y se llevaron todo lo que merecia la pena. Despues volvió á proponerse la funcion de ayer: llevar el resto al medio de la plaza y hacer con ello una grande hoguera, y ya empezaba la canalla á sacar las cosas, cuando uno de ellos... Adivinad la propuesta que tuvo la infamia de hacer...

— ¿Cuál?

— ¿Cuál? Que de todo lo que habia en la tienda se hiciese una pila en la misma tienda, y se pegase fuego á la tal pila

allí mismito para que ardiese la casa y el barrio, todo á un tiempo. Dicho y hecho.

— ¿Le prendieron fuego?

— Cachaza; un vecino honrado corrió como por inspiracion del cielo á las habitaciones altas, buscó un crucifijo, le halló, le colgó del lintel de una ventana, tomó de la cabecera de una cama dos velas benditas, las encendió, y las colocó delante del crucifijo: la gente miró hácia arriba, y como en Milan, es preciso confesarlo, hay todavia temor de Dios, volvieron todos sobre sí; quiero decir, la mayor parte, porque habia entre ellos demonios que por robar hubieran quemado el mismo paraíso; pero viendo que la mayor parte no era del mismo parecer, tuvieron que dejarlo. Adivinad ahora lo que sucedió en seguida. Todos los señores ilustrísimos de la Catedral (1) salieron en procesion con cruz y ropas de coro, y el señor Arcipreste empezó á predicar por una parte, y el señor Penitenciario por otra, y otros por acá y por acullá, diciéndoles: — ¿Qué queréis, buena gente? ¿Es este el ejemplo que dais á vuestros hijos? Volveos á vuestras casas, que ya se bajará el pan; mirad por las esquinas y veréis las posturas.

— ¿Y era verdad?

— ¿Cómo si era verdad? ¡pues queríais que los señores ilustrísimos de la Catedral viniesen con capas magnas á contar cuentos!

— ¿Y qué hizo la gente?

— Se fueron escurriendo poco á poco, se llegaron á las esquinas, y el que sabia leer vió que era cierto, que estaba hecha y fijada la postura. El pan de ocho onzas de peso por un sueldo: ¿qué os parece?

— ¡Qué baja!

— ¡Oh! es una cucaña con tal que dure. ¿Sabéis cuánta harina han inutilizado ayer y esta mañana? La necesaria para mantener dos meses todo el ducado.

1. Los canónigos de la catedral de Milan llevan por privilegio capa magna morada como los obispos.

— ¿Y no se ha hecho alguna ley buena para nosotros los de fuera?

— Lo que se ha hecho en Milan ha sido todo á costa de la ciudad. Por lo que hace á vosotros, nada sé; pero será lo que Dios fuere servido. Lo cierto es que se han acabado los alborotos, y que todavía no os lo he dicho todo: falta lo mejor.

— ¿Pues qué más hay?

— Hay que anoche, ó esta mañana muy temprano, atraparon á muchos de los cabecillas, y se supo que cuatro iban á ser ahorcados inmediatamente. Apénas empezó á correr esta voz, cuando todos se fueron á sus casas por el camino más corto para no exponerse á ser el número cinco. Con esto, cuando salí de Milan, parecia la ciudad un convento de frailes; todo estaba como una balsa de aceite.

— ¡Vaya! ¿y los ahorcarán en efecto?

— No que no, y muy pronto.

— ¿Y qué harán las gentes?

— Irán á verlos ahorcar. Era tanta la gana que tenían de ver morir á un cristiano pataleando en el aire, que quisieron, ¡pícaros, tunantes! hacer esa fiesta con el señor Director de provisiones. Tendrán su deseada diversion, mas no con él, sino con cuatro bribones servidos con todas las formalidades de estilo, y acompañados por capuchinos, y por los hermanos de la Caridad, y á la verdad que bien merecido lo tienen. Es una providencia muy sábia y que era indispensable. Ya empezaban á tomar la maña de entrar en las tiendas y coger lo que les parecia sin mengua del bolsillo, y si se les hubiera dejado continuar, tras el pan hubieran tomado el vino y así de una cosa en otra... ¡Imaginad si querrian de grado abandonar una costumbre tan cómoda! Y para los hombres de bien que tienen tienda abierta, os aseguro que era una perdicion.

— Es cierto, — dijo uno de los que le escuchaban.

— Es cierto, repitieron los demás á una voz.

— Y la cosa estaba fraguada de muy léjos, — continuó él

mercader limpiándose la barba con el mantel. — ¿Sabéis que era una trama?

— ¡Una trama!

— Sí, señores, una maquinacion. Intrigas de los navarros y de aquel cardenal de Francia... ya sabéis quién digo... aquel que tiene un nombre medio turco, y que cada dia discurrir alguna diablura para incomodar á la corona de España; pero sobre todo procura hacer tiro á Milan, porque sabe bien el taimado que aquí es donde el Rey tiene su mayor fuerza.

— ¡Ya!

— ¿Queréis la prueba? Pues sabed que los que más alborotaban eran forasteros, y andaban en la danza caras que jamas se habian visto en Milan... ¡Ah! se me olvidaba decir una cosa que ha corrido por muy cierta. La justicia echó el guante á uno en cierta posada...

Lorenzo, que no perdía una sílaba de cuanto decia el mercader, se estremeció al oír tocar aquella cuerda, é hizo un gesto, que por más que estuviese sobre sí, no pudo contener. Afortunadamente nadie lo notó, y el orador continuó su narracion sin interrumpirla.

— Á uno que todavía no se sabe de dónde habia venido, quién le habia enviado, ni qué clase de pájaro era; pero seguramente era uno de los cabecillas. Ayer en medio del mayor tumulto hizo diabluras, y no contento con eso, se puso á predicar al pueblo, y á proponerle como una gracia que matasen á todos los señores. ¡Bribonazo! ¿Y de qué vivirían los pobres si hubiesen matado á todos los señores? La justicia no le perdió de vista, le echó la garra, y le encontraron un gran paquete de cartas. Ya le llevaban á la cárcel; pero ¿qué? sus compañeros, que andaban rondando al rededor de la posada, se reunieron y libertaron al tunante.

— ¿Y qué ha sido de él?

Nadie lo sabe: se habrá escapado, ó tal vez estará escondido en Milan. Esa gente no tiene casa ni hogar; y sin embargo encuentran en todas partes quien los abruga y les da de comer; pero les dura miéntras el diablo puede y quiere